



CUANDO ÉRAMOS PRINCIPIANTES

Extraigo una frase de la novela “Los misterios de la taberna Kamogawa, de Hisashi Kashiwai, que dice:

“Nunca se deben olvidar la humildad y la seriedad de cuando uno era principiante.”

Y me resuena porque creo que necesito aplicarme este principio a rajatabla, porque me parece que es la receta ideal para poder hacer siempre las cosas bien.

Tengo 61 años, y por tanto pertenezco a una generación que llevamos casi 40 años en lo nuestro, y que estamos agotando los últimos años profesionales. Y veo en mi y en mis compañeros de promoción cómo corremos el riesgo de relajarnos y caer en inercias. Y cómo podemos llegar a hacer algunas cosas de oficio, nublados por la idea de que “eso ya lo dominamos”. Necesitamos disciplinarnos para volver siempre al punto de partida, para darle una vuelta más a eso que tenemos que hacer, para planteárnoslo con esos ojos de principiante y así de verdad darlo todo. En mi caso particular me doy cuenta de que cuando conecto con la humildad y la sensación de trascendencia de cuando empecé, hago las cosas bien.

Pero es que esto va más allá de la profesión: en el vivir me reconozco un eterno principiante, y creo que todos somos -y seremos siempre- principiantes. Y como tales, debemos siempre abordar cualquier faceta vital desde la humildad (segurísimo) y desde la seriedad, entendida no cómo un estado emocional (el humor es fundamental en muchas ocasiones) sino como la consciencia de la importancia de eso que estamos abordando. Es un error pensar que de eso ya sabemos suficiente, especialmente cuando se trata de experiencias vitales.

Transitemos por la vida (profesional y personal) como curiosos principiantes, por más que sepamos, y por más experiencia que tengamos. En lo profesional estoy convencido de que es la receta para mantener la excelencia. En lo personal lo puede ser para una cierta felicidad.